



EL VIEJO Y BELLO OFICIO

JAUME CELA

Con el presente artículo no pretendo formular ningún tipo de generalización, ni fundamentarme en ningún postulado científico ni pedagógico, ni hacer otra cosa que escribir en un papel algunas reflexiones, no demasiado ordenadas, acerca del viejo y bello oficio de padre. Cualquier parecido con la realidad no será pura coincidencia, porque será mi realidad. Hablo desde la humildad del yo, que es, bien mirado, la manera más sencilla y más modesta de utilizar el lenguaje.

Mucha gente lo dice: Nadie nos enseña a ser padres. No existen escuelas ni academias, ni graduados ni licenciaturas.

Sin embargo, ésta es una de aquellas expresiones a las que podemos darles la vuelta, como si de una media se tratase, y que también pueden ser verdad, o mentira, tanto da.

Y eso pasa porque, en el fondo, todo nos enseña a ser padres.

Lo que sí me parece realmente acertado es afirmar que aprendemos a ser padres, y digo *a ser* porque es más comprometido que decir *a hacer de*, siéndolo. No hay teoría que nos valga demasiado. Aprendemos cuando nos arremangamos y nos zambullimos en este ser y hacer, que nos hace y nos deshace, como en una danza; aprendemos contemplando los aciertos e interrogándonos sobre los errores. Aprendemos de la misma manera que aprendemos a nadar o a ir en bicicleta. Ya podemos dominar la teoría del equilibrio, llegar a reducirla a una sencilla o compleja fórmula matemática, saber desmontar la bicicleta y volver a montarla con los ojos cerrados, conocer todos los nombres de sus partes y ser capaces de establecer las relaciones entre todas ellas, las que hacen posible su funcionamiento; podemos, incluso, llegar a imaginarnos historias, soñarnos pedaleando por las escarpadas costas del litoral o por las

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA:

CELA, J. (1990). "El viejo y bello oficio." *In-fan-cia Educar de 0 a 6 años*, 1, 36-38.

llanuras interrumpidas por riachuelos contaminados. Finalmente, cuando nos lancemos a rodar, seguro que nos daremos de narices contra el suelo y probaremos el sabor de la sangre.

Puede que conozcamos a Piaget, con la misma intensidad que conocemos nuestra almohada; puede que nos carguemos a Freud, con sus fases que interesan más o menos la mayor parte de los orificios de nuestro cuerpo; podemos conferenciar sobre Vigotski o esbozar una media sonrisa mientras leemos y releemos a Brunner; pero aprendemos a ser padres cuando tenemos al hijo o la hija en el regazo, a veces con problemas de humedad que sólo resolveremos poniendo nuestros cinco sentidos, que es lo que el niño o la niña pequeños necesitan.

Y no quiero decir con esto que aprender de los teóricos o saber de los estudios de los prácticos no nos ayude en nuestra tarea, sino que ser padre o hacer de padre hace referencia a una experiencia irrepetible y única.

Y esto lo digo porque, en esta relación, contamos con un ser concreto e irrepetible que entra en contacto con otro ser concreto e irrepetible también. Sería algo similar a lo que pensamos de la relación que se establece entre el médico y el enfermo.

La medicina no existe, la enfermedad tampoco. Existen el médico y el enfermo, este médico y este enfermo, para ser más concreto. Claro que se puede generalizar, ¡mal iríamos si hubiera que empezar siempre de nuevo! Pero cuando queremos curarnos de una enfermedad o cuando el médico intenta salvarnos, él sabe que delante suyo tiene un enfermo muy concreto, con una vivencia única de su enfermedad, y el enfermo sabe que ante sí hay un médico muy concreto, con una vivencia muy definida, la suya. Todo se cuece entre uno y otro. Y por en medio flotarán cosas como las que llamamos ciencia médica, y relaciones humanas, y...

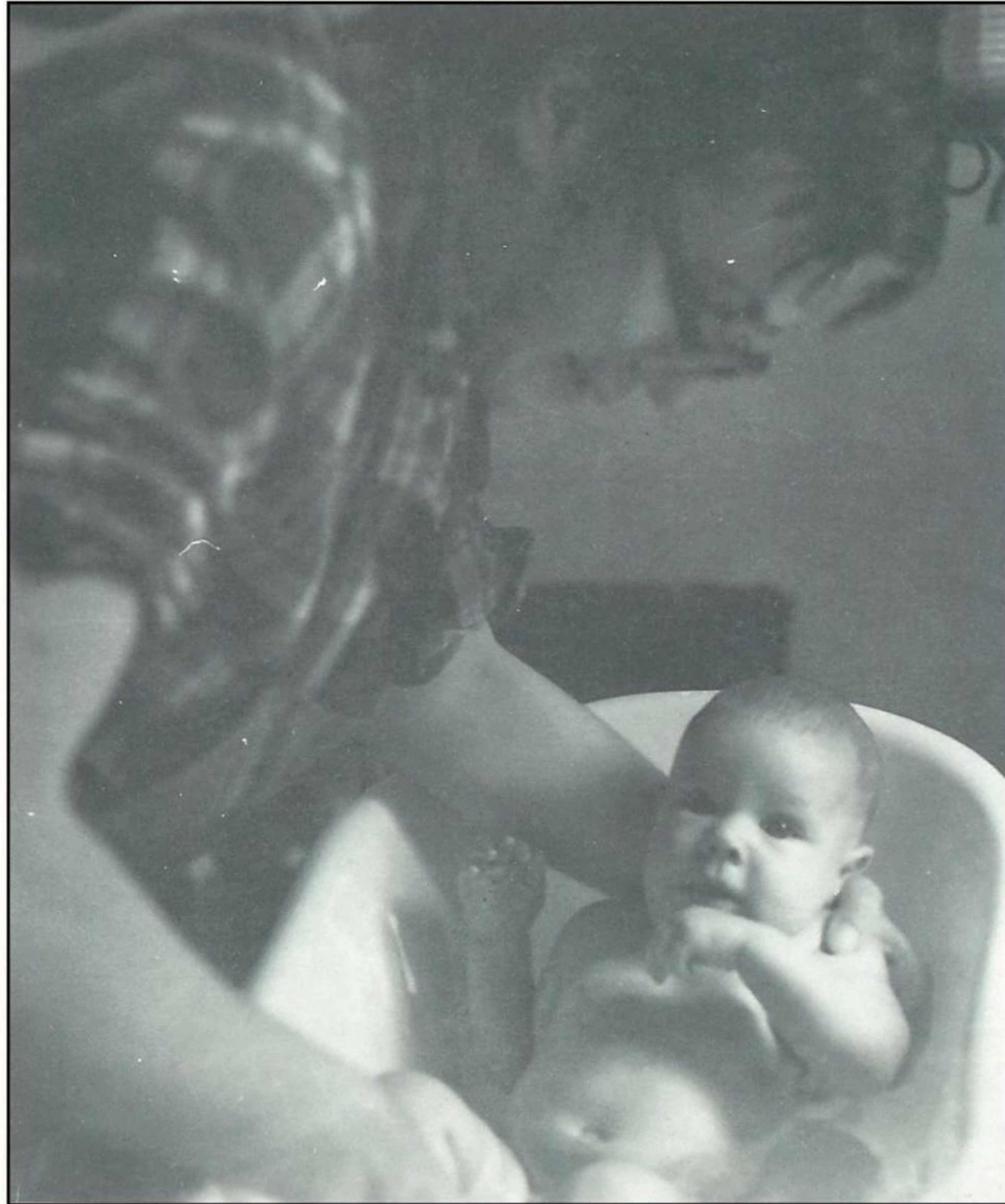
Pues en el ser o hacer de padre pasa poco más o menos lo mismo. En un lado, mi hijo o mi hija, en el otro, yo. Y, entre ese otro y yo, se establece una relación muy »gratuita», a pesar de que no se percibe a primera vista. Yo quiero a mis hijos, sean como sean. Poseen, por decirlo en términos bancarios, un cheque en blanco. Y ellos a mí no me lo entregan, al menos eso me parece, y es bueno que así sea. Yo puedo racionalizar lo que siento por mi mujer, puedo llegar, con un poco de esfuerzo, a explicitar por qué la quiero más a ella que a ninguna otra, o a ella por encima de las demás. En cambio, a mis hijos los quiero sin ser capaz de poder explicarlo. Puede que hagan muchas barbaridades, pero son mis hijos. Cierta vez, la madre de un niño delincuente que tenía en clase respondió de esta manera a un periodista que le había preguntado cómo recibiría a su hijo si decidía retornar a casa –hacía días que había desaparecido y la policía lo buscaba–, sabiendo, como ella sabía, que había cometido una pila de delitos. Ella se lo miró y, con una ternura que me puso la piel de gallina, respondió que, como muy bien decía el periodista, su hijo era un sinvergüenza, pero que era su hijo, y que haría lo posible por ocultarlo. Y aquí se puso punto final a la conversación.



Aprendemos a ser padres con el hijo en el regazo.



Nadie como los hijos proporciona esa ternura que empaña los sentidos.



En el derroche de un tiempo cualitativo, vamos aprendiendo a ser padres.

Por consiguiente, se distingue un nivel de «gratuidad» muy acentuado en la relación que establecemos con los hijos, que no se da en ninguna otra relación: deben de ser las cosas de la sangre; «es de mi sangre», oímos decir muchas veces.

En la sociedad que nos ha tocado vivir, disponemos de pocas horas que dedicar a los hijos. Partimos de un yo cansado que está lleno de contradicciones, que, cuando llega a casa, no puede reposar sus posaderas encima del sofá porque ha de ayudar a hacer deberes, o ha de jugar con la muñequita y bañarla, o ganar pesetitas, o hacer un rompecabezas, o leer el cuento, o escuchar lo que se ha hecho durante todo el día, o controlar si llevan los dientes limpios y los hierros bien puestos, o el termómetro –y no existe estudio alguno que explique por qué los niños son asaltados por un calenturón precisamente el día que has decidido salir a cenar o al cine después de dos meses de no poder hacerlo.

Y es precisamente en estas pequeñas cosas, en este derroche de un tiempo cualitativo, de un tiempo de atención expectante, cuando vamos aprendiendo a ser padres. No nos parece que sean necesarias grandes cosas, grandes decisiones, por lo menos en esta etapa inicial. Hay que aceptar que el niño y la niña se irán haciendo a partir de un egoísmo necesario, de un egoísmo que, cuando no se manifiesta, debe de ser una señal de problemas en su siquismo.

Con todo, hay que recalcar que nadie más que ellos nos proporciona esa especie de ternura, de azucarillo, que se deshace y nos empaña los sentidos al primer abrazo. Esa ternura que nos hace sentir necesarios, imprescindibles en una sociedad que no parece tener demasiado en cuenta aquello que no se puede cuantificar. Ellos cuestionan esta sociedad donde aún es más válido preguntar lo que tienes por encima de lo que eres. Tener o ser, ya lo formulaba así el filósofo Marcelo. Es esta ternura la que nos hace saltar de la cama a la primera lágrima nocturna, la que nos hace descubrir otra vez el mundo viendo cómo ellos lo descubren y lo hacen suyo. Son ellos quienes nos hacen sentir capaces de dar sin esperar nada a cambio.

Y ahora más que nunca pienso que los padres tenemos la impresión de que lo hacemos mal, muy mal. Al yo cansado se agrega un yo inseguro, porque no aprendemos a aceptar nuestros errores concretos con la misma humildad con que aceptamos la abstracción de pensar que no somos los mejores padres del mundo.

Tendríamos que aprender a vivir aceptando que cometemos errores en la educación de nuestros hijos. Pero el hecho es que no se imparten cursos, ni se publica demasiado en este sentido; más bien, parece como si tuviéramos que vivir angustiados y convencidos de que somos un desastre.

Y los niños y las niñas necesitan padres felizmente imperfectos. Padres a los que querer y que se quieran ellos mismos.

J.C.